

¿Un día más?

Seis de la mañana y el despertador del celular confirma la hora de levantarse. Comienza la rutina. Bañarse, vestirse bien, desayunar a medias y salir. En el auto, al encender la radio comienza la serie de noticias. Ni más ni menos la realidad que en varias series televisivas quisieran poder describir con tanto detalle.

Guerra, tiranías, ambición.

La guerra que golpea a países que puedo ubicarlos en un mapa pero que posiblemente no conoceré. La guerra que hiere liquida, asesina personas y con ello sus ilusiones, sus sueños, su futuro. La guerra que termina hiriendo profundamente el alma de los contrincantes. La tiranía y dictadura que se apropián de la vida de las personas haciéndoles padecer situaciones vergonzantes para este nuevo siglo. La ambición de otros por someter a la ley de mercado olvidando la ley de la solidaridad y colaboración para crecer.

Mientras sigo conduciendo, las noticias pasan del ámbito internacional al local.

Pobreza, educación, inseguridad

Más cerca a uno, la situación de pobreza e indigencia de muchos compatriotas sufren por gobiernos que a fuerza de dar y dar debilitaron los músculos necesarios para salir de situaciones adversas. Responder a las necesidades con creatividad. Sacar a relucir la fuerza interior que toda persona tiene, para sobreponerse a lo peor. El deseo de progreso, reducido al tener un celular, un televisor grande y ver que hacer con lo poco que da el estado y lo que por ahí se puede hacer de changas. Una educación que, en vez de favorecer las capacidades de cada chico, los van haciendo más parecidos a los peores y denigrando a los mejores. Una inseguridad que nos va acorralando en nuestros hogares hasta casi convertir las casas en pequeñas prisiones con rejas, alarmas y cámaras y así vemos situaciones en las cuales se mata por matar, o por poner la música en alto y olvidar el respeto hacia el otro.

Mientras se van sucediendo los relatos de noticias, pienso en personas concretas, en sus situaciones y yo corriendo a mi trabajo, a mi rutina, a aquello que siento que me tiene atado.

Trabajo, familia, enfermedad

Un cuñado que se quedó sin trabajo. Sobrinos que se separan con niños a cargo. Hijos que sienten que no encuentran fuerza ni reconocen sus virtudes. Enfermedades algunas preocupantes otras largas que ponen a prueba el bolsillo, la paciencia, el

amor. Hijos de amigos que son como propios que están en depresión o cercanos a una adicción.

Y la radio sigue dando noticias. Un semáforo largo me permite un poco pensar en cada integrante de la familia. Y, como voy con tiempo, al dar el verde, me estaciono en un costado y con mi mano en el corazón lo siento que late con mucha fuerza. Un poco de miedo, un poco de ansiedad, un poco por

La radio a esta altura solo es un ruido más de la mañana rumbo al trabajo. Los pensamientos se agolpan y quieren salir, gritar. Parece que todo es oscuro, un sinsentido de la vida en un día más en la rutina. Surge el para qué de tanto correr.

Y la mente queda por un momento en blanco. Casi como un golpe fuerte en la cabeza.

¿Para qué?

Y de pronto, una tenue imagen de mi madre sonriendo cuando me preparaba el desayuno. Luego, el día de mi graduación. Y con ello momentos de mi vida en los cuales el soñar solo tenía el costo de mantenerlo vivo y animarse a realizar los sueños.

Y puedo ver que mi trabajo es resultado de lo que quise siempre, parte de mi sueño. Que, en medio de las dificultades, la familia permanece unida y dispuesta a jugarse por aquellos que no la pasan bien. Comienzan a aparecer ideas y con ellas posibles soluciones. Ideas que en su realismo presentan los límites propios y la necesidad de contar con otras personas, con sabiduría y cariño. Los límites de las propias fuerzas, que siempre son pocas cuando los problemas son grandes, ¡Pero cuantas manos amigas dispuestas a ayudar! También aparecen las risas de mis hijos cuando eran chicos, al volver cada día del trabajo y la felicidad de los nietos que ellos me regalaron.

Vuelvo a moverme, con algo más de tranquilidad y recuerdo a personas amigas que diariamente y en silencio ayudan a personas sin nombre, sin techo a descubrir sus manos con las cuales poder salir a enfrentar y salir de la miseria. Amigos que se animaron a la loca aventura de jugarse la comodidad de una oficina por ayudar a construir casas que abriguen los sueños y los corazones de los olvidados por una sociedad de productividad. O de esas otras personas que, a pesar de su propia situación, son capaces de mantener los principios ayudando sin pedir nada a cambio. Maestros, profesores, que hacen un viaje a la profundidad de los lugares menos favorecidos para despertar en chicos y grandes la luz que ilumine su deseo de progreso.

Casi llegando al lugar donde estaciono el auto cada mañana, me doy cuenta de que el sol brilla fuerte acompañado por una brisa que hace más agradable el inicio.

¿Qué está a mi alcance? Una pregunta que mientras subo las escaleras, se repite una y otra vez.

¿Qué puedo hacer?

¿Vale la pena mover un dedo ante una realidad tan dura?

¿Me puedo hacer el distraído?

Las horas de trabajo pasan rápidamente, porque hago lo que me gusta, aún cuando no siempre los días sean siempre buenos. Y lo que hago no solo me gusta sino también el buen ambiente. El estar atentos a lo que pasa con otros y hacer la vaquita para ayudar o un llamado por teléfono o una charla café de por medio. Y cada uno con sus cosas, pero poniendo lo mejor para que avancemos para generar mejores resultados.

Bajando camino al auto, nuevamente las mismas preguntas. Pero ya no siento esa especie de ahogo, de ansiedad. Y encuentro las respuestas.

¿Qué está a mi alcance? Mucho más de lo que imaginaba. El darme cuenta de la cantidad de personas que diariamente viven conmigo en mi metro cuadrado y a los cuales puedo ayudar, acompañar, escuchar y donar mi tiempo.

¿Qué puedo hacer? Salir de la burbuja de la comodidad y arriesgar un poco más que una simple donación monetaria para una obra de bien, intentando acallar la voz interior que llama a ser solidario. No esperar a que aparezca una persona que necesite ayuda, más bien salir a buscarla y para ello es preciso mirar y escuchar y no simplemente ver y oír. Ver y oír noticias que cada día es un rosario de calamidades. Mirar y escuchar a aquellos que han salido al encuentro de otros y de esa forma se encontraron así mismos.

Reconocer que en toda época y lugar siempre ha habido problemas y las personas salen adelante enfrentándolos no lamentándose. Siempre ha sido dura la vida, pero también siempre ha tenido sabor. Sabor que descubrieron como con una naranja, al sacar la cáscara. Sabor que la vida pone en el interior de cada cáscara que son situaciones límites.

El día había comenzado con un rosario de calamidades y ahora de vuelta a casa tengo cuentas de rosario de oportunidades, de personas, de cosas, de habilidades para enfrentar el día a día con otra mirada y tal vez, si tengo la valentía con otro corazón.

Hernán ALVIS ROJAS